

Víctor Díaz Arciniega (comp. y pról.), *Alfonso Reyes, misión diplomática*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores-Fondo de Cultura Económica (Col. Tezontle), 2001, 2 ts.

Es indudable que la visión del escritor contribuye con una mirada crítica al análisis de una realidad que, en manos del especialista, se construye como espacio limitado que puede dejar de lado los hilos finísimos a través de los cuales un hecho se relaciona con el imbricado tejido de la realidad histórica. La experiencia como funcionario del servicio exterior de uno de los integrantes indiscutibles del canon literario mexicano, ¿qué puede decirle al diplomático contemporáneo? Sin duda alguna, además del entusiasmo y la vocación de servicio que los textos “transpiran”, de la calidad de su escritura, la experiencia de Reyes invita a la reflexión.

En la lectura de los dos tomos de *Alfonso Reyes, misión diplomática*, las nuevas generaciones de diplomáticos mexicanos pueden encontrar, a la par del oficio de una prosa que no mengua por el carácter oficioso y coyuntural de los documentos, que nunca cae en el lenguaje acartonado o en la fórmula repetida características del lenguaje huero e inútil de la burocracia, una respuesta que arroja luz al viejo debate entre quienes defienden la especialización y aquellos que pregonan el “universalismo” en todos los ámbitos disciplinarios y, en el caso específico que nos ocupa, en el de la diplomacia.

Respecto a la disyuntiva especialistas *versus* generalistas, se trata por supuesto de un falso dilema sobre el cual mucho se ha escrito y dicho, especialmente en la danza de las generaciones

que se han sucedido en el Servicio Exterior Mexicano. El debate va, sin embargo, más allá del campo diplomático. Entraña una característica central de la modernidad, cuyos críticos más acérrimos han puesto en la picota.

Las sociedades modernas, encerradas en la “jaula de la razón” weberiana, han creado, particularmente para responder a las necesidades del desarrollo científico y tecnológico, las especializaciones que “parcializan” el conocimiento y encierran al profesional en un mundo limitado, autárquico en apariencia, que niega el mundo alrededor de su objeto de estudio. Por fortuna, las teorías del conocimiento contemporáneas ponen de nuevo el énfasis en las formaciones integrales y las visiones de conjunto, aquellas que pueden dar cuenta de la realidad en sus múltiples dimensiones y complejidad.

La lectura de Alfonso Reyes nos presenta la visión del mundo de quien con justeza puede llamarse un humanista, entendido como el hombre versado en múltiples conocimientos y habilidades, además de profundo conocedor de la naturaleza humana. Un agente diplomático, en este caso, capaz de hacer un análisis cuidadoso de la realidad política de un país; vislumbrar el cambio de los ejes históricos; elaborar un perfil agudo de los protagonistas, o hacer un diagnóstico de los vicios y fallas del diplomático mexicano de carrera.

Una visión, según es posible observar, que busca abarcar el mayor número de factores, pero que en ningún momento cae en la dispersión; por el contrario, el análisis puntual resulta fortalecido. Así, en la prosa de Alfonso Reyes están también presentes un balance virtuoso de las referencias históricas, el conocimiento del problema y el factor humano en la negociación, que revelan al ensayista consumado, cuya prosa pulida sabe trazar la línea divisoria entre la cita erudita y el análisis de la realidad puro y duro, sin caer en la pedantería intelectual o en el informe escueto y técnico.

Juzgue el lector por sí mismo este pasaje que describe el río Amazonas, tomado del ensayo que narra su participación en la Conferencia Colombo-Peruana para el arreglo del incidente de Leticia, en el apartado “El espectáculo humano de la conferencia”.

El Amazonas, río mitológico cuya magnificencia enloquece a los descubridores; cuya corriente, así como la fauna y la flora de las tierras que fertiliza, parecen contempladas a través de un cristal de aumento; en cuyas márgenes se juntan varias naciones, como aquel impulso de sed que amontonaba a los muertos de la *Odisea* en el pozo de sangre; río cuyo sistema de afluentes parece una mano tentacular resuelta a apoderarse de un enorme gajo de planeta; río que, donde saca el pecho al mar, forma islas gigantescas (t. II, p. 167).

Basta esta cita breve, entre otras muchas, para demostrar la pulcritud y el lustre de una prosa que tampoco pierde precisión. El fragmento parece estar inflamado de un delirio; un arrobamiento producto de la contemplación de una obra imponente que muestra la pequeñez humana. Pero, también se impregna de ese espíritu de vocación latinoamericana presente en el pensamiento de Reyes.

*Alfonso Reyes, misión diplomática* muestra al autor de *Visión de Anáhuac* como un fino observador y analista de la realidad internacional de su tiempo. En ese convulso periodo de entreguerras en que ejerce sus funciones diplomáticas, ningún acontecimiento le es ajeno. El mundo de la diplomacia que Reyes vivió emerge del desgarramiento de la primera gran guerra, que no sólo rompe el orden internacional heredado del siglo XIX, sino igualmente destruye las certezas filosóficas sobre las cuales se cimentaba el hombre moderno.

El escenario en el que el escritor mexicano lleva a cabo su labor de diplomático y crea buena parte de su vasta obra literaria semeja una pesadilla apocalíptica: sistemas políticos que se derrumban y en muchos casos son sustituidos por gobiernos crónicamente endebles, inestabilidad y caos. Los costos políticos así como económicos de la guerra se dejarán sentir, de hecho, en todo el mundo, y se agravarán por la crisis de 1929.

La vida diplomática de Alfonso Reyes abarca un periodo de enorme relevancia. Amén de su duración —inicia en 1914 con el nombramiento como segundo secretario en la embajada de México en Francia, hasta su participación como presidente de la delegación mexicana ante la Primera Asamblea Internacional de la Unesco—, se destaca por una intensa actividad en reuniones y conferencias internacionales. Su gestión europea, dividida en varias etapas, se concentra principalmente en su estadía en Francia y España, países por los cuales siente una gran afinidad, y que sin duda contribuyen a enriquecer su formación literaria y humanística.

Sin embargo, es su tránsito por América Latina lo que fortalecerá un espíritu latinoamericanista, ya de suyo profundo. En muchos de sus informes y comunicaciones enviadas a la Secretaría de Relaciones Exteriores resuenan los ecos del espíritu prometeico de José Vasconcelos y de todo ese grupo de ensayistas latinoamericanos que, desde diferentes perspectivas ideológicas, como en la obra de José Enrique Rodó y de José Ingenieros, hablaron de la grandeza de Las Américas y su fe en un mestizaje que, lejos de lo racial, es cultural y espiritual.

Como embajador en Argentina y Brasil, Alfonso Reyes reafirma su vocación de latinoamericano. En su gestión en Europa al igual que en Argentina y Brasil queda demostrada su capacidad para diseccionar la realidad política y social y, a partir de ese análisis, prever el rumbo que tomarán los acontecimientos.

tos. La justeza y moderación de sus juicios denotan ante todo al observador persistente, al analista sereno, aun en momentos de gran turbulencia política como el que le tocó vivir en un Brasil en plena revolución, y con el ascenso de Getulio Vargas, figura controvertida e indispensable para explicar la historia del siglo xx en este país.

En suma, se trata de una obra prolija, no por eso menos amena, en la cual queda en claro que la tradición de escritores en la diplomacia mexicana ha rendido copiosos frutos. El escritor de talento no sustituye al experto. Sin embargo, a la pericia del oficio, que puede y debe adquirir, añade la mirada reflexiva, el detenimiento, el momento de introspección y retrospección, demandados por toda escritura.

El caso de Alfonso Reyes, como el de Octavio Paz y otros, demuestran que en la diplomacia ninguna especialidad está de más. Los expertos son indispensables, pero la mirada del humanista también es necesaria. La capacidad de un escritor debe radicar no sólo en esa cualidad de la escritura, que en el caso de Reyes se da por descontada, gracias a la cual informes políticos, telegramas o proyectos se transforman en ensayos de valor histórico y testimonial, sino en una visión lúcida de un tiempo —como todos los de la historia— apasionante y dramático.

*Ernesto Sosa*